

DOMINGO XIX ORDINARIO “A”

“La «poca fe» y las vacilaciones del corazón”

1R 19,9a.11-13a:

“*Aguarda al Señor en el monte*”

Sal 84,9-13:

“*Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación*”

Rm 9,1-5:

“*Quisiera ser un proscrito por el bien de mis hermanos*”

Mt 14,22-33:

“*Mándame ir hacia ti andando sobre el agua*”

I. LA PALABRA DE DIOS

En este evangelio hay que destacar tres elementos: 1º) Jesús orante solitario en el monte y su teofanía caminando sobre el agua: «*¡Animo, soy Yo, no tengáis miedo!*». 2º) La situación de los discípulos: llenos de miedo, sacudidos por las olas, en medio de la noche. 3º) La sentencia del Maestro: «*¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?*» y la confesión de fe de todos los discípulos.

El relato evangélico del caminar prodigioso de Jesús sobre las aguas del lago reproduce un hecho real, aunque no podamos determinarlo en todos sus detalles; lo esencial de la escena está en que Jesús auxilió a sus discípulos en un apuro y se les reveló mediante la fórmula «*Yo soy*» (típica fórmula de revelación de Yahveh en el Antiguo Testamento); de ahí la doble confesión de Pedro como «*Señor*» y la de todos los de la barca: «*Verdaderamente, eres Hijo de Dios*».

La barca «*zarandeada por las olas*» apunta a la Iglesia en sus difíciles comienzos (y siempre). En ella Pedro ocupa un lugar relevante. Y Pedro y todos los ocupantes de la barca, confiesan a Jesús como «*Hijo de Dios*». Esta confesión es el corazón de la fe de la Iglesia. A propósito de esta fórmula, Jesús distinguió siempre su filiación respecto de Dios de la filiación de todos los demás; la intensidad de esta conciencia, manifestada sobre todo ante los Doce, hace explicable que la Iglesia primitiva encontrara en el título «*Hijo de Dios*» el medio más directo para confesar su fe en Jesús.

A pesar de los grandes dones de Dios, nuestra «*poca fe*» vacila. Sólo el contacto asiduo con el Maestro reaviva la fe, la hace grande. Esto requiere la firme decisión del corazón de buscar al que nos busca, de orar, de celebrar la Eucaristía.

Son numerosas las ocasiones en que los evangelistas nos repiten que Jesús se retiraba a solas a orar. Un gesto vale más que mil palabras. Con ello nos enseña también a nosotros la necesidad que tenemos de oración silenciosa, de estar con el Padre a solas, sabiendo que nos ama y nos cuida. Sin una vida profunda de oración, nuestra existencia será como la barca zarandeada por las olas, alborotada por cualquier dificultad, sin raíces, sin estabilidad.

El que ora de verdad va alimentando su vida de fe, va echando raíces en Dios. La oración le da ojos para conocer a Jesús y descubrirle en todo, incluso en medio de las dificultades, del sufrimiento y de las pruebas: «*Verdaderamente eres Hijo de Dios*». La falta de

oración, en cambio, hace que se sienta a Jesús como «*un fantasma*», como algo irreal; el que no ora es un hombre de poca fe, duda y hasta acaba perdiendo la fe.

El que trata de manera íntima y familiar con Dios experimenta la seguridad de saberse acompañado, de saberse protegido por un amor que es más fuerte que el dolor y que la muerte. El que no ora se siente solo. El que ora convive con Cristo y experimenta la fuerza de sus palabras: «*¡Ánimo! Soy yo, no temáis*». Es necesario volver a descubrir entre los cristianos la dicha de la oración. Cristo no quiere siervos, sino amigos que vivan en íntima familiaridad con Él.

II. LA FE DE LA IGLESIA

Jesús de Nazaret, Hijo único de Dios
(441 – 445, 454)

El nombre de «*Hijo de Dios*» significa la relación única y eterna de Jesucristo con Dios su Padre: Él es el Hijo único del Padre y Él mismo es Dios. Para ser cristiano es necesario creer que Jesucristo es el Hijo de Dios.

Hijo de Dios, en el **Antiguo Testamento**, es un título dado a los ángeles, al pueblo elegido, a los hijos de Israel y a sus reyes. Significa una **filiación adoptiva** que establece entre Dios y su criatura unas relaciones de una intimidad particular.

En el **Nuevo Testamento** no ocurre así. Cuando Pedro confiesa a Jesús como «*el Cristo, el Hijo de Dios vivo*», Jesús le responde con solemnidad «*no te ha revelado esto ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos*». Pablo dirá a propósito de su conversión en el camino de Damasco: «*Cuando Aquél que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo para que le anunciase entre los gentiles*». «*Y en seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que él era el Hijo de Dios*». Este será, desde el principio, el **centro de la fe apostólica** profesada en primer lugar por Pedro como cimiento de la Iglesia.

Si Pedro pudo reconocer el **carácter transcendente de la filiación divina de Jesús Mesías** es porque este **lo dejó entender claramente**. Ante el Sanedrín, a la pregunta de sus acusadores: «*Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?*», Jesús ha respondido: «*Vosotros lo decís: yo soy*». Ya mucho antes, Él se designó como el «*Hijo*» que conoce al Padre –**distinto de los "siervos"** que **Dios envió antes a su pueblo**– superior a los propios ángeles. **Distinguió su filiación de la de sus**

discípulos, no diciendo jamás "nuestro Padre" salvo para ordenarles «*vosotros, pues, orad así: Padre Nuestro*»; y subrayó esta distinción: «*Mi Padre y vuestro Padre*».

Los Evangelios narran en dos momentos solemnes –el **bautismo** y la **transfiguración** de Cristo– que **la voz del Padre lo designa como su «Hijo amado»**. Jesús **se designa a sí mismo como «el Hijo Único de Dios»** y afirma mediante este título su **preexistencia eterna**. **Pide la fe** en «*el Nombre del Hijo Único de Dios*». Esta confesión cristiana aparece ya en la exclamación del centurión delante de Jesús en la cruz: «*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*», porque solamente en el misterio pascual el creyente puede alcanzar el sentido pleno del título "Hijo de Dios".

Después de su Resurrección, **su filiación divina aparece en el poder de su humanidad glorificada**: «*Constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su Resurrección de entre los muertos*». Los apóstoles podrán confesar «*Hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad*».

La llamada universal a la oración (2560 – 2567)

La oración es el **encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre**. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él.

Aunque el hombre olvide a su Creador, o se esconda lejos de su Rostro, aunque corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberle abandonado, Dios **llama incansablemente** a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta **iniciativa del amor del Dios fiel**, vivo y verdadero, es siempre lo primero en la oración, la iniciativa del hombre es siempre una respuesta.

La oración es la **relación viva** de los hijos de Dios con su **Padre** infinitamente bueno, con su **Hijo** Jesucristo y con el **Espíritu Santo**. Así, la vida de oración es **estar habitualmente en presencia de Dios**, tres veces Santo, y en **comunión con Él**.

Cristo orante, modelo y maestro de oración (2599, 2620 – 2621)

El Hijo de Dios hecho hombre también **aprendió a orar conforme a su corazón de hombre**. Él **aprende de su madre** las fórmulas de oración; de ella, que conservaba todas las "maravillas" del Todopoderoso y las meditaba en su corazón. Lo aprende en las palabras y en los ritmos de la oración **de su pueblo**, en la sinagoga de Nazaret y en el Templo. **Pero su oración brota de una fuente secreta distinta**, como lo deja presentir a la edad de los doce años: «*Yo debía estar en la casa de mi Padre*» (Lc 2, 49). Aquí comienza a revelarse la **novedad** de la oración en la plenitud de los tiempos: **la oración filial, que el Padre esperaba de sus hijos, va a ser vivida por fin por el propio**

Hijo único en su Humanidad, con y para los hombres.

El **modelo perfecto de oración** se encuentra en la **oración filial de Jesús**. Hecha con frecuencia en la soledad, en lo secreto, la oración de Jesús entraña una **adhesión amorosa** a la voluntad del Padre hasta la cruz y una **absoluta confianza** en ser escuchada.

Jesús **instruye a sus discípulos para que oren** con un corazón purificado, una fe viva y perseverante, una audacia filial. Les insta a la vigilancia y les invita a presentar sus peticiones a Dios en su Nombre. Él mismo **escucha las plegarias** que se le dirigen.

El combate de la oración (2725)

La oración es un **don** de la gracia y una **respuesta decidida** por nuestra parte. Supone siempre un **esfuerzo**. La oración es un **combate**. ¿Contra quién? **Contra nosotros mismos y contra las astucias del Tentador** que hace todo lo posible para separar al hombre de la oración, de la unión con su Dios. **Se ora como se vive, porque se vive como se ora**. El que no quiere actuar habitualmente según el Espíritu de Cristo, tampoco podrá habitualmente orar en su Nombre.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

“*Es posible, incluso en el mercado o en un paseo solitario, hacer una frecuente y fervorosa oración. Sentados en vuestra tienda, comprando o vendiendo, o incluso haciendo la cocina*” (S. Juan Crisóstomo).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*Padre nuestro,
padre de todos,
líbrame del orgullo
de estar solo.*

*No vengo a la soledad
cuando vengo a la oración,
pues sé que, estando contigo,
con mis hermanos estoy;
y sé, estando con ellos,
tú estás en medio, Señor.*

*No he venido a refugiarme
dentro de tu torreón,
como quien huye a un exilio
de aristocracia interior.
Pues vine huyendo del ruido,
pero de los hombres no.*

*Allí donde va un cristiano
no hay soledad, sino amor,
pues lleva toda la Iglesia
dentro de su corazón.
Y dice siempre "nosotros",
incluso si dice "yo". Amén.*